

La clase



Modernos y Clásicos de El Aleph

François Bégaudeau

La clase



El Aleph Editores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original francés: *Entre les murs*

© Editions Gallimard, 2006

Primera edición: octubre de 2008

© de la traducción: Julieta Carmona Lombardo, 2008

© de esta edición: Grup Editorial 62, S. L. U.

El Aleph Editores

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.

Impreso en Limpergraf, S. L.

ISBN: 978-84-7669-838-9

Depósito Legal: B. 44.893-2008

La clase

Tres días antes había abierto el sobre con mucha impaciencia. Pasé rápidamente de la primera hoja a la segunda, que estaba manchada por una tabla rectangular dividida en unas cincuenta casillas. Las columnas de los lunes, martes, miércoles y jueves estaban más o menos llenas y la del viernes estaba virgen, como lo había pedido. En el calendario profesional que venía junto con las dos hojas conté treinta y tres semanas trabajadas, que si se multiplicaban por cuatro, se les restaban los festivos y se les añadía una estimación de las convocatorias anexas, daba el total de días de presencia. Ciento treinta y seis.

Veinticinco

Cuando llegó el día, al salir del metro me paré en el restaurante para no llegar antes de tiempo.

El camarero uniformado que estaba detrás de la barra de cobre escuchaba a medias a un cuarentón con gafas que reseguía un artículo en diagonal.

—Quince mil viejos menos, más sitio para los jóvenes.

Los doscientos cincuenta metros restantes me llevarían dos minutos, así que esperé a las nueve menos uno para salir. A la altura del carnicero chino disminuí el paso para no alcanzar a Bastien y Luc que se daban un apretón de manos al final de la calle. Al doblar la esquina ya no pude evitarlos, bromeaban con un vigilante frente a la puerta grande con batientes de madera maciza abiertos sobre el vestíbulo.

—Tenía la leve esperanza de que se hubiera quemado todo.

—Nunca es demasiado tarde para poner una bomba, ya me dirás.

Dejé atrás las risitas sarcásticas. Las obras del verano no habían terminado, unos obreros vestidos de azul pasaban del patio pavimentado al patio interior cargando vigas finas sobre los hombros para apoyarlas luego en vertical sobre uno de los muros del recinto.

Habían pintado de azul la puerta de la sala. Gilles, que estaba apartado de los demás, daba vueltas contrariado alrededor de la mesa ovalada con un paquete de cigarrillos en la mano.

—Hola.

—Hola.

Los recién llegados, que estaban sentados en los sofás grises del rincón salón, escuchaban a Danièle que se esforzaba por tranquilizarlos. Me hice un sitio en el círculo irregular apoyando una nalga sobre la mesa que aguantaba la máquina de café. Una de treinta años largos era la más locuaz.

—De todos modos sabía que entrando intramuros me exponía a esto.

Una de treinta años largos remató.

—Intramuros, se dice pronto. Y por los pelos.

Todos se callaron, esperaban a ver.

Tiramos los vasos a la basura y nos dirigimos hacia el aula de estudio, donde el director dijo que esperaba que las vacaciones hayan ido bien. Los asistentes murmuraron un sí visiblemente mezclado con el disgusto por que se terminen, el director dijo pues claro, qué queréis. Luego se aclaró la voz para cambiar de registro.

—Aunque la mitad de vosotros vuelva con nosotros este año, todos sabéis que hay colegios más tranquilos que el nuestro. Veréis que a los alumnos no les falta espontaneidad. Algunos incluso son extremadamente espontáneos.

Dejó que los carraspeos realzaran el eufemismo antes de invitarnos a que nos presentásemos. Cada uno se levantó por turno y dijo de qué establecimiento venía o desde cuándo estaba aquí. Estábamos aquí desde hacía quince, diez, cinco, dos años, o veníamos de la periferia. Nos

llamábamos Bastien, Chantal, Claude, Danièle, Élise, Gilles, François, Géraldine, Jacqueline, Jean-Philippe, Julien, Line, Luc, Léopold, Marie, Rachel, Sylvie, Valérie. Esperábamos nuestros horarios definitivos.

Cuando los repartieron casi nadie saltaba de alegría. Volvimos a la sala para consultar las listas de clases que nos habían adjudicado. Jean-Philippe, que ocupaba su puesto desde hacía cuatro años, deslizaba el dedo sobre los nombres de una clase de quinto **1** diciendo a cada vez «bueno» o «no bueno» a la atención de Léopold, treinta años largos y ceja derecha perforada por un aro, que hacía el balance contable en su cabeza.

Dico tardaba en subir las escaleras detrás de los demás.

—Oye, no quiero estar en esta clase, es un asco.

—¿Por qué es un asco?

—Porque vuelves a ser el profesor principal, no se vale.

—Date prisa.

La tropa esperaba frente a un aula del primer piso. Frida tenía ahora el pelo largo y unas letras rojas de Glamour se inclinaban sobre su camiseta negra. Se repartieron en las sillas chirriantes en función de las afinidades del año anterior. Los cuatro chinos ocuparán las dos primeras filas contra la pared de la derecha.

—Sentaos y callaos.

Se sentaron y se callaron.

—Que quede claro desde el principio del año: quiero que cuando suene la campana os pongáis en fila inmediatamente. Cinco minutos en llegar a la fila, más cinco minutos para subir, cinco más para instalaros, en total perdemos un cuarto de hora de curro. Intentad

calcular cuánto da un cuarto de hora perdido por clase al año. A razón de veinticinco horas por semana y treinta y tres semanas, son más de tres mil minutos perdidos. Hay colegios en los que de cada hora se curra la hora entera. Pues vosotros empezáis con tres mil minutos de retraso con respecto a esos colegios. Y luego uno se sorprende.

Khoumba, pendientes de plástico rosa, no levantó la mano para hablar.

—Profe, nunca es una hora, las clases son de, qué sé yo, cincuenta minutos, nunca de una hora. Por ejemplo aquí empezamos a las ocho y veinticinco y la primera clase se termina a las nueve y veinte, eso no da una hora.

—Da cincuenta y cinco minutos.

—No es una hora, has dicho que es una hora pero no es una hora.

—Bueno vale, ya está; lo importante es que perdemos demasiado tiempo y ahora también lo estamos perdiendo. Coged un folio y partidlo en dos.

Escribieron el nombre, el apellido, la dirección y otras informaciones a las que hubiera podido tener acceso perfectamente. Mohammed no entendía.

—Profe, ¿por qué pides esto? Ya le hemos dado las fichas al director y todo eso.

—Sí, pero esto es sólo para mí.

Con la única intención de reportar al máximo el momento de entrar de lleno en el asunto, pedí que hicieran su autorretrato en diez líneas. Escribí la palabra con tiza dudando de si lleva guión. Amar preguntó si podía hacer un autorretrato imaginario.

—Como quieras, pero preferiría tu verdadero retrato.

—¿Podemos empezar por me llamo Amar?

—Como quieras.

Khoumba no levantó la mano para hablar.

—Yo no voy a poner me llamo Amar, voy a poner me llamo Khoumba.

—¿Lo haces a propósito?

Disimuló una sonrisa volviendo a mirar la hoja, llevaba una pinza roja plantada en el cráneo y llamaron a la puerta. El director apareció en el umbral, seguido del intendente Pierre y de los dos asesores principales de educación, Christian y Serge. Como los alumnos no lo hicieron espontáneamente, les pidió que se levantasen.

—Es una forma de saludar al adulto que llega, eso es todo. No hay que tomarlo como una humillación.

Bastien había dejado un paquete de galletas para todos sobre la mesa baja del rincón salón. Danièle se sirvió.

—Te lo aseguro, si te das tiempo para respirar cada vez descienes un peldaño hacia el sueño. El objetivo es bostezar. Lo sé, en una época hice sofrología. Antes dormía dos horas por noche, ahora casi tengo hipersomnia.

Line metió a su vez la mano en el paquete abierto.

—¿Y para el dolor de espalda tienes algo?

—Sofrología también.

—Porque yo la espalda es que no puede ser.

—Yo soy más bien de migrañas.

—Sofrología te digo.

Un bebé calvo, pegado con celo en el anverso del casillero abierto de Élise, sonreía mientras ella examinaba de nuevo sus horarios.

—Tres horas el viernes por la tarde, gracias.

—Yo el jueves igual.

—Sí pero el jueves es mejor.

—Ya, pero empezar a las ocho el lunes... hay que tener ganas, ¿eh?

—Sí, pero por lo menos los chavales duermen, es más tranquilo.

Géraldine se mantenía erguida, paralela a la mujer con sombrilla que estaba pintada en segundo plano.

—¿Alguien sabe fotocopiar a dos caras?

Bastien habló en nombre de todos.

—Pues... nadie sabe, pero hay galletas si quieres.

—¿Ha sonado?

Al preguntarlo Line sabía perfectamente que sí. Danièle también.

—Duermes mejor y eso lo cambia todo.

Me estaban calibrando en silencio. Yo fingía no sonreír.

—Pues eso, hacéis vuestro autorretrato. Tenéis diez líneas y cinco minutos.

Un chaval con la cabeza rapada levantó la mano. Gracias a la cuartilla en equilibrio vertical en el ángulo de la mesa, pude identificarlo como Souleymane.

—¿Por qué hacemos esto?

—Se lo hago hacer a todas mis clases.

—No sirve de nada.

—Sirve para conoceros.

Y para ganar tiempo a principio de año.

—Pero nosotros no sabemos nada de ti.

Escribí mi nombre en la pizarra. Lo copiaron en sus cuadernos de correspondencia. Retrocedí tres pasos para ver si estaba bien recto. Al hacerlo no pensaba en nada. Uno que se llama Tarek, letras con marcador azul sobre la cuartilla doblada, levantó el brazo.

—¿Tú eres un profe que hace muchos dictados?

—¿Qué me aconsejas, hacer muchos o no?

—No sé yo, el profe eres tú.

—En ese caso me lo pensaré.

Un morenito de la primera fila ya se había girado tres veces. Después de echar un vistazo a la cuartilla doblada, pude llamarle la atención por su nombre.

—Mezut, es a mí a quien hay que mirar.

No pareció haber oído.

—Mezut, es a mí a quien hay que mirar, ¿sí o no?

Murmuró un sí sin mucha convicción.

—Ven a verme al final de la hora.

No había cuartilla en el rincón de la mesa de la tercera fila donde dormitaba un polo amarillo satinado que pude distinguir.

—Oye tú, el de ahí, ¿cómo hago para dirigirme a ti? ¿Cómo te llamo? ¿Noventa y cuatro?

—Ése no es mi nombre. Mi nombre es Bien-Aimé.

—Ah vale, porque he pensado que no ha puesto su nombre en el ángulo de la mesa porque ya está escrito sobre su polo.

—Nada que ver, profe.

—Entonces ¿qué es noventa y cuatro?

—No sé, una cifra.

—Querrás decir un número.

—Sí, eso mismo, una cifra.

La campana hizo el efecto de un petardo en una pajarera dormida. Vigilaba con el rabillo del ojo a Mezut que se preguntaba si me habría olvidado o no, pero prefirió no arriesgarse, se acercó en silencio y dejó primero su autorretrato al lado de mi cuaderno de ausencias.

—¿Vas a ser así todo el año?

Como no levantaba la cabeza yo no podía ver qué aspecto tenía.

—Te escucho. ¿Vas a ser así todo el año?

—¿Así cómo?

—En plan me doy la vuelta todo el rato y sonrío tontamente cuando me hablan.

—Es que había una cosa que no había entendido.

—¿Vas a ser así todo el año?

—No.

—Porque si eres así todo el año habrá guerra y tú eres el que va a perder. O es la guerra y para ti será una pesadilla, o haces las cosas bien y todo irá bien, que tengas un buen día.

—Gracias. Adiós.

Géraldine anotaba nombres de alumnos en su cuaderno de notas.

—¿Ya has visto a los de tercero 3?

La pregunta iba dirigida a Léopold que navegaba por una web gótica y no se dio la vuelta.

—Sí, una vez.

—¿Y?

—Bien.

—Sí, yo igual. Pero bueno, ya veremos.

Una amazona enmascarada y vestida con un mono totalmente de cuero invitaba al internauta a reunirse con ella en el submundo.

—¿Y tú, has tenido a los de quinto 1?

—Una vez.

—¿Y?

—Bien.

—Sí, yo igual. Pero bueno, ya veré. Hay colegas que ya se están quejando de ellos.

Line subió la voz por encima de la fotocopiadora que

escupía a gran velocidad una caricatura de Don Quijote. De una hoja a otra siempre era la misma.

—No sé si tengo derecho a ponerles series de la tele a los alumnos.

Nadie se propuso para clarificar el punto jurídico planteado.

—De hecho me gustaría ponerles *Hasta Luego*. Es una serie de la sexta.

Géraldine recorría la lista de tercero 3 calculando la proporción de chicas.

—Nosotros no tenemos la sexta.

—Está superbien como serie.

—Ni la sexta ni la primera.

—Es un poco tonta pero precisamente a los críos les podría gustar.

—El otro día mi suegro, que había venido a pasar el fin de semana, quiso ver las noticias en la primera, pero tuve que decirle lo siento pero aquí no va a poder ser.

Valérie provocó una corriente de mal rollo.

—Joder, es inadmisibile soportar esto. ¿Ya habéis tenido a los de quinto 1?

—Una vez.

—Porque conmigo están fuera de sí. Primera clase y ya he hecho tres fichas de incidente.

Line se había puesto un radiocasete grande bajo el brazo.

—Precisamente es con los de cuarto 2 con los que quiero hacer *Hasta Luego*. ¿Alguien los ha tenido ya?

—Sí, una vez.

—¿Y?

—Bien.

—Ya, yo igual, pero bueno, ya veremos.

Cuartilla de cuadros grandes. Me llamo Souleymane. Soy más bien tranquilo y tímido en clase y en el colegio. Pero fuera soy otra persona: nervioso. No salgo mucho. Sólo para ir al boxeo. Más adelante me gustaría dedicarme al sector de la climatización y sobre todo no me gusta la conjugación.

Cuartilla perforada con cuadros grandes. Koumba es mi nombre pero no me gusta mucho. Me gusta el francés salvo si el profesor es malo. La gente dice que tengo mal carácter, es verdad pero depende de cómo me respeten.

Folio de cuaderno de borrador. Djibril es mi nombre. Soy maliense y estoy orgulloso porque este año Mali participará en la copa de África. Ganará a Livia, Algeria y Mozambique. Me gusta mi colegio porque los profes dejan acer escepto cuando estás demasiado alterado. Es una pena que lo dejaré al final del año porque estoy en último curso, en tercero.

Folio perforado con cuadros pequeños. Me llamo Frida, tengo 14 años y hace el mismo número de años que vivo en París con mi padre y mi madre. No tengo ni hermano ni hermana pero muchas amigas. Me gusta la música, el teatro y la danza clásica que practico desde hace diez años. En el futuro quiero ser abogada porque pienso que es la mejor profesión del mundo y que es genial defender a la gente. En cuanto al carácter soy muy buena y fácil de tratar, pero mis padres dicen que pienso mucho. En cambio a veces soy lunática y creo que es porque nací bajo el signo de Géminis.

Cuartilla de cuadros grandes arrancada de un cuaderno. Me llamo Dico y no tengo nada que decir sobre mí porque nadie me conoce excepto yo.

Media cuartilla arrancada de agenda, líneas horizontales sin cuadros. Me llamo Sandra y estoy un poco triste

de volver al colegio pero también contenta porque el colegio me gusta, sobre todo el francés y la historia, cuando aprendemos cómo los humanos han construido el mundo donde vivimos hoy. Aún tengo muchas cosas que decir pero pronto recojerá mi hoja y he querido hacerlo demasiado bien y he empezado a escribir solo hace dos minutos, perdone las faltas.

Folio de cuadros pequeños arrancado de un cuaderno de espiral. Tony Parker es el mejor baloncestista. Por eso juega en america. Es bajo pero corre rapido y hace tiros geniales de 3 pts. En realidad es alto. Cuando esta al lado del periodista, es el periodista el que es bajo. Firmado: Mezut.

Cuartilla de cuadros grandes perforada. Me llamo Hinda, tengo catorce años y soy feliz por vivir. En el futuro quiero ser profesora. Me gustaría estar en parvulario, así hay menos trabajo, una hoja y un rotulador los tiene todo el día ocupados. No, es broma, es solo que me gustan mucho los niños y también los libros de amor.

Cuartilla de cuadros grandes. Me llamo Ming. Tengo quince años, soy un chino. Vivo en el 34 de la calle nantes 75 019 con mis padres y iba al colegio con mis amigos, estoy en cuarto 2 y es un poco difícil para mí porque no hablar yo muy bien francés. Mis puntos bien es que soy buena y trabajador. Mis puntos mal es que soy curioso.

Cuartilla Canson. Me llamo Alyssa, tengo trece años y problemas en la rodilla porque he crecido demasiado rápido. Del francés todavía no sé lo que pienso. A veces me gusta y a veces me parece totalmente inútil hacerse preguntas que no tienen respuesta. Quiero ser médico humanitario porque un día un médico humanitario me habló de su profesión y supe que era eso lo que se debe hacer. No digo más, te dejo juzgar por ti mismo.

Deambulaba entre las mesas paseando la mirada pero sin mirar los cuadernos que a mi paso se cubrían de codos. Me aburría.

—Bueno va, corregimos. Entonces, una perífrasis aspectual habitual. Hadia, ¿qué nos propones?

Pendientes de plástico negro moteados de corazones rosa.

—Voy a estudiar.

Lo anoté en la pizarra y retrocedí.

—Bueno, a ver, ¿aquí cuál es el problema?

Los Angeles 41 se leía en la sudadera de Hadia, que se había quedado muda.

—Ayer dije que las perífrasis aspectuales resaltan una fase del desarrollo de la acción verbal y que las habituales indican que la acción se repite varias veces. ¿Por ejemplo, Mezut? Si no te importa mirar hacia aquí.

—No he entendido la pregunta.

—Empieza por escucharla y verás que te será más fácil. ¿Cynthia?

Pink bordado en rosa sobre camiseta negra.

—Estoy estudiando.

Yo iba anotando en la pizarra a medida que me dictaba.

—Muy bien, ésa es una perífrasis aspectual, pero en ese caso sería aspectual durativa, que indica una acción que se está desarrollando y no una aspectual habitual, que es cuando la acción se repite varias veces. Por lo tanto, ¿cómo sería, Cynthia?

—Vengo estudiando.

—No, ésa es aspectual durativa retrospectiva, porque retoma una acción desde el pasado y la prolonga en el presente.

Pink.

—Sigo estudiando.

—Cuidado... eso sería retomar la acción interrumpida, o sea, reanudativa. Va, ya casi lo tienes.

—Suelo estudiar.

—Exacto.

En ese momento Alyssa se ha erguido.

—Una cosa... en el caso de sigo estudiando la acción también se está desarrollando, así que sería una aspectual durativa, además de reanudativa.

—Tienes razón, lo que pasa es que la segunda indica además que se retoma, se reanuda la acción interrumpida, por eso se llama así. Pero no te preocupes, todos los hablantes utilizamos perífrasis pero casi nadie se sabe la clasificación exacta, así que tampoco vale la pena que le demos muchas vueltas.

Había dormido mal, ellos dormían. La puerta se abrió pero nadie había llamado y Sandra estaba allí, temblaron las paredes.

—Hola.

Ese hola no pretendía ni mucho menos excusar un retraso, ya estaba de camino hacia el fondo del aula pasando en tromba por delante de su sitio habitual al lado de Hinda, que se parecía a no sé quién y hoy tenía aspecto triste, se había apagado el destello de sus bonitos ojos negros. Sandra tiró la mochila sobre la mesa que ocupaba Soumaya sola en la última fila y se sentó debajo del póster Holidays in Ireland.

—¿Por qué te cambias de sitio así?

—Porque sí.

—Claro, explicado así me has convencido.

—No te lo puedo decir.

—¿Es un expediente clasificado confidencial?

—¿O sea?

—O sea, ¿que es un secreto de Estado?

—¿Qué es un secreto de Estado?

—Es un secreto muy muy secreto.

—Pues eso.

Tenían que redactar un aforismo utilizando el presente gnómico. Gibran se reía de no sé qué tapándose con la mano y haciéndole eco a Arthur que se reía de no sé qué tapándose con la mano.

—Gibran, te escucho.

—¿Qué?

—Tu aforismo.

—¿Mi qué?

—Tu aforismo.

—No sé qué es.

—Es lo que tenías que hacer para hoy.

Llamaron a la puerta y entró Mohammed-Ali, Trendy
89 Playground.

—¿He dicho que entres?

—No.

—¿Y entras igualmente?

—¿Quieres que salga?

—No, está bien. ¿Tienes justificante?

—No porque he pensado que sería mejor no retrasarme más parándome donde los vigilantes.

—¿Y por qué llegas tarde?

—Por mi ascensor.

—¿Es lento?

—No, se bloquea todo el rato.

—Debe haber sido terrible.

—No, todo bien, no pasa nada.

Zineb levantaba la mano desde hacía dos minutos.

Cinta rosa a modo de diadema, pendientes de plástico del mismo color.

—¿Puedo decir mi aforismo?

—Adelante.

—No estoy segura de que esté bien.

—Adelante.

—Te aviso que no estoy segura que esté bien.

—Te escuchamos.

—Lo que no te mata, te hace más fuerte.

—Muy bien.

Mohammed-Ali acababa de sentarse, Trendy 89 Playground.

—Yo no estoy de acuerdo. Si por ejemplo te rompes las dos piernas, pues no te mueres pero eres menos fuerte.

—Lo mejor es quedarse atascado en un ascensor, así no te pasa nada.

Hinda levantó la mano y los ojos apagados.

—¿Sí?

—Traicionar a un amigo es como traicionarse a uno mismo.

Exclamación de indignación, fisuras en las paredes, Sandra.

—Pues no eres la más indicada para decirlo.

Soumaya le hacía eco.

—Deberías empezar por ti y luego ya veremos.

Hinda se parecía a no sé quién y no se dignaba a escuchar sus invectivas.

—¿Otras propuestas?

Sandra, Holidays in Ireland.

—Respetar a los demás como te gustaría que te respetaran.

Fangjie y Ming compartían mesa, como debe ser. Me había fijado en sus apellidos en la lista sin cuestionarme el estado de su francofonía. Ahora me lo preguntaba, temía que al interrogarlos se contrajeran por la incomprensión como un erizo preso en una mano. Esperé al primer ejercicio para alargar el cuello por encima de sus hombros. Las frases no eran ni más ni menos correctas que las de los demás, pero era gramática, podía ser que transcribieran de forma mecánica.

Durante la corrección llegué a su mesa después de recorrer el aula y me tuve que lanzar. Ming parecía menos aterrorizado. Leyó la frase con un fuerte acento, tropezó con «apelmazaban» pero supo identificar los tiempos verbales.

Hacia el final de la hora incluso se ofreció voluntario para señalar los verbos en pretérito imperfecto. Se detuvo en «había caído». Opté por no objetar que el participio a continuación hacía del verbo un auxiliar y no el verbo propiamente dicho, confiando en que los demás no dijeran nada. Nadie se manifestó pero no me atrevía a cantar victoria porque Frida llevaba el pelo echado hacia atrás y en sus ojos se adivinaba la astucia.

—Pero no es del todo un verbo, es el auxiliar. Después viene «caído», así que es más bien el verbo caer que el verbo haber.

—Sí pero haber se conjuga incluso cuando es auxiliar, así que podemos considerarlo como un verbo.

—¿Entonces es el verbo caer o el verbo haber?

—Es un poco ambos.

—Eso es lo que se llama un dilema, salvo que aquí es supertrágico porque en ambos casos uno sale perdiendo.

Por un lado tenemos la existencia, y ¿qué es la existencia? La enfermedad, el sufrimiento, la muerte de los seres queridos, y bueno, son muchas otras cosas pero está todo eso de que hay que sufrir. Y por otro lado pues está la muerte, es decir, la nada, en todo caso para los que no creen en Dios. Vamos, que o se sufre o se muere, sabiendo que a fin de cuentas habrá que pasar por ambos. Pues eso es más o menos *to be or not to be*. Ser sufridor o no ser, es decir morir. ¿He contestado a tu pregunta, Lydia?

Mohammed le ha ahorrado una mentira de cortesía.

—Y tú, ¿prefieres ser o no ser?

—Ésa es la cuestión.

—Yo prefiero ser.

—Haces bien, pero vamos a seguir con la lección.

A título de ejemplo de presente con valor de futuro escribí «Bill parte mañana a Boston». Djibril tomó la palabra sin pedirla, Adidas 3 escrito en pequeño bajo un escudo triangular en el pecho izquierdo.

—¿Por qué es siempre Bill o cosas así?

—Cuando uno quiere intervenir levanta la mano.

Lo hizo.

—¿Por qué es siempre Bill o cosas así? ¿Por qué nunca es, qué sé yo, Rachid o algo así?

Me fastidió que mi estrategia para esquivar el problema no surtiera efecto.

—Si pretendo representar a todas las nacionalidades en lo que a nombres se refiere no acabaré nunca. Pero bueno, vamos a poner Rachid para que Djibril esté contento.

Al fondo de la clase una voz no identificada masculina «Rachid, vaya nombre más feo», pero mi mano ya había borrado Bill y se aplicaba en formar las letras de Rachid. Rachid parte mañana a Boston.

Gilles dejó caer una pastilla en un vaso de agua. Sylvie, que se estaba peleando con la copiadora, dijo

—tienes pinta de cansado.

—Sí, no sé.

Dudó en desarrollar el tema presintiendo que lo agobiaría aún más, pero lo desarrolló igualmente.

—Son los de cuarto. Ya me están empezando a...

Para completar se pellizcó dos veces la nuez entre el pulgar y el índice. Léopold tenía una hilera de aros en la cresta de cada oreja.

—¡Pues si vieras a los de quinto 1!

Élise estaba de acuerdo.

—Están chiflados, te lo juro. Esta mañana he hecho cuatro fichas de incidente. Yo si sigue así se va a acabar. El año pasado la tensión me bajó a 7 y no tengo ganas de que vuelva a pasar, gracias.

Marie recuperaba por tercera vez una moneda ineficaz de la parte de abajo de la máquina.

—¿Alguien tiene cambio de cincuenta céntimos?

La pastilla efervescente empezó a disolverse dentro del vaso de Gilles.

—En cuarto también hay cada caso... Hadia por ejemplo es insoportable.

Jean-Philippe sonrió desde el rincón salón.

—¿Sabes qué quiere decir Hadia en árabe? Quiere decir nobleza silenciosa.

Gilles tragó de un sorbo el líquido que ahora era gaseoso. Bastien le preguntó si quería

—¿una galleta para acompañar?

—De todos modos no cambiará nada.

Valérie abrió una revista con colores sobre sus rodillas y Claude, que estaba sentado al lado, le echó el ojo.

—Yo soy Escorpión, o sea que soy bastante relajada, ¿sabes?, pero al mismo tiempo tengo mucho carácter.

—Yo soy Géminis.

—¡Ay! ¿Qué ascendente?

—Ascendente Leo.

—Ah sí, tú también tienes bastante carácter.

—¿Por qué?

—Normalmente es eso, los ascendente Leo son susceptibles.

—¿Ah sí? Pues tú siendo Escorpión, cuidado...

—Pero si los Escorpiones son puros.

—Seee.

—¿Y tú Géminis?

—Sí.

—Yo los Géminis...

—¿Qué pasa con los Géminis?

—Pues que los Géminis no son muy... francos, que digamos... Van de vivarachos pero no es natural.

—Los vivarachos son los Piscis.

—No es que los Géminis tienen un poco esa doble cara, ¿sabes? ¿Tú no eres un poco así?

—Sí, sí, soy profe de inglés por el día y por la noche asesino en serie.

Nucas inmóviles. La consejera de orientación pedagógica explicaba al detalle los itinerarios posibles después de tercero y enriquecía su informe con preguntas contrastadas con respuestas lacónicas y anónimas que la inducían, erróneamente, a convencerse de la competencia de su auditorio, y además le permitían ir completando poco a poco el esquema esbozado en la pizarra.

—Tenéis dos grandes familias de segundo, segundo

profesional y segundo general y tecnológico. Pues bien, el segundo profesional, ¿por qué se llama profesional?

—Porque es para trabajar.

—Muy bien, así es, permite acceder más rápidamente al mundo profesional. Lo que se enseña es algo que tiene que ver más bien con el ámbito del *savoir-faire*.

Ninguno preguntó qué era el *savoir-faire*.

—Por ejemplo, en la sección de secretaría se aprende cómo redactar una carta, mientras que en la de STT haréis cosas más del ámbito del derecho económico.

Ninguno preguntó qué era el derecho económico. En la espalda de la camiseta recostada de Djibril se veían las letras de su nombre redondeadas en semicírculo bajo un imponente 5. Dianka y Fortunée se divertían con algo que habían visto a través del cristal. Los demás tenían pinta de estar escuchando.

—A final de año tendréis que hacer un dossier de inscripción para el instituto que hayáis elegido, bueno, que hayáis elegido en función de lo posible. Porque para elegir ya sabéis cómo va, es como las abscisas y las ordenadas, en las abscisas está lo que queréis hacer y en las ordenadas lo que podéis hacer. Vaya, que hay que encontrar la conciliación entre deseo y realidad.

Escribió las dos palabras en la pizarra y las separó con una barra.

—Cuando hayáis conseguido la conciliación adecuada, el director de vuestro colegio tendrá que ratificar la opinión del comité de clase y luego vosotros sois los que tendréis que hacer las gestiones complementarias.

Ninguno preguntó ratificar. La consejera repartió unas fichas verdes para rellenar al momento. Deseo / Realidad. Yo abandoné el fondo del aula para recorrer las filas. Huang no sabía por qué parte empezar. Empezó a re-

llenar ansiosamente el cuestionario. Frente a la profesión de la madre escribió mecánico-textil.

—De los veinticuatro ejemplares de ejercicios sólo dos han entendido más o menos la expresión «sentido de la existencia». ¿Qué quiere decir el sentido de la existencia?

Frida, Love Me Twice en negro sobre camiseta rosa.

—Quiere decir para qué servimos.

—Hay que levantar la mano para hablar. ¿Y bien, para qué servimos?

Los cuatro chicos del fondo no escuchaban.

—Kevin, ¿no te interesa el sentido de la existencia?

—¿Qué?

—No se dice «qué».

—¿Cómo?

—Que no parece interesarte el sentido de la existencia.

—Sí.

—Entonces, ¿qué es?

—Yo qué sé.

—En ese caso, escucha a los demás y lo sabrás. Frida, ¿puedes decirnos cómo se le da sentido a la existencia?

Frida no busca, encuentra.

—No sé, por ejemplo si creemos en Dios y todo eso.

—Bien, muy cierto. La gente que cree en Dios, es una forma de darle sentido a la existencia. Y los que no creen, ¿cómo lo hacen?

Los cuatro del fondo no escuchaban.

—Kevin, ¿qué se les dice a los creen que lo mejor sería pegarse un tiro ya?

—Yo qué sé.

—¿Los dejamos hacer?

Lydia habló sin levantar la mano.

- El sentido es también ayudar a los demás.
- Hay que levantar la mano para hablar. ¿Ayudarlos cómo, Lydia?
- Pues no sé, darles de comer.
- Exacto, eso es, por ejemplo se puede ser útil con lo que se llama el compromiso humanitario y cosas así. Y sino, ¿cómo?
- Sonrió.
- Enseñándoles cosas.
- ¿A quién?
- A los demás.
- ¿Entonces la vida de un profe tiene sentido?
- Pues claro, porque tiene una misión y todo.
- ¿Quieres decir que lo han traído al mundo para eso?
- Puede. No sé.
- Hilera izquierda, primera fila. Dico salió de su silencio distante.
- Pero qué dices. Eh profe, ¿tú cuando naciste querías ser profe?
- No, fue a los dos o tres años.
- Se volvió hacia Lydia.
- Pues eso, ¿lo ves? La otra no sabe lo que dice.

Al principio de la hora de ayuda al trabajo personal les pedí que leyeran la página del día de sus agendas. Sofiane, bastante fea, empezó a leer el enunciado de un trabajo de artes plásticas. Su voz insegura era poco audible porque los trabajos habían tenido malas notas, que era lo que yo intentaba demostrar. Le pedí que repitiera el enunciado pero ella se saltaba sistemáticamente uno de los términos. Con mi irritabilidad propia de los lunes le cogí la

agenda con un gesto brusco. En efecto, el término oculto, situado entre «imaginar» y «creíble», era ilegible. Youssouf, Unlimited 72, lo descifró como «trama». Me volví de nuevo hacia Sofiane.

—¿Cómo es que Youssouf ha escrito trama y tú no?

—No sé.

—Trama es una palabra que conoces, ¿no?

—No.

—Ah, ¿no conoces esa palabra? A ver, los demás, ¿sabéis lo que significa trama, verdad?

Nadie avalaba tal certeza.

—Trama, ¿no sabéis?

Yelli movió los labios dubitativamente.

—Es un poco como la historia.

—Bien. Es eso, es la historia, no las imágenes. Antes de rodar una película el director tiene una especie de libro así de grande donde apunta lo que los personajes hacen y dicen. Así que «imaginad una trama creíble», ¿qué significa? ¿Qué quería que hicierais vuestra profe?

Ahora ni siquiera Yelli se manifestaba. Mis pies se hundían en la tarima.

—¿Qué quiere decir creíble?

A Mody le hubiese gustado saberlo y levantar la mano y decirlo. Pero como no, lanzaba palabras al tun-tún.

—¿Interesante, sabio, serio?

—Sí, eso es, es un poco como serio pero más preciso. Creíble viene del verbo creer, quiere decir algo que se puede creer. Por ejemplo, si Mody llega tarde y me cuenta que ha tenido que neutralizar a una manada de marcianos que ha salido de su váter, yo le diré Mody tu excusa no es creíble. En cambio, si me dice que se ha levantado tarde, quizá no le crea pero, bueno, digamos que se podría creer,

por lo tanto es creíble. Así que «imaginad una trama creíble», ¿queda claro para todos ahora?

Algunas cabezas asintieron sin demasiada convicción.

—Lo que teníais que hacer era inventar una historia pero sin desvariar, tipo ayer me desperté y tenía ocho piernas y me escondí en un champiñón a comer orejas de pingüino con mayonesa. De hecho creo que vuestra profe tenía miedo de que escribierais cualquier chorrada, eso es todo, y por eso os pidió algo creíble. Bueno, eso era lo que había que hacer para hoy, pero si no entendisteis nada, ¿cómo habéis hecho para hacerlo?

El aula de estudio, que había sido acondicionada para la ocasión y todavía estaba vacía a la hora prevista, se fue llenando lentamente. Algunos siguieron ocupando sus sitios alrededor de la U de mesas en cuyo vértice el director ya había abierto los debates.

—Si todo sucede como lo prevé la ley, los extranjeros que lleguen primero empiezan entrando en una clase de francés intensivo, luego van a una clase de acogida y sólo a partir de ese momento pueden formar parte de un colegio cualquiera, con la posibilidad de seguir un curso intensivo de francés segunda lengua o de francés lengua extranjera.

Marie había tomado el turno de palabra y nadie estaba dispuesto a disputárselo.

—¿Hay alguna estructura prevista para los no francófonos que no sean chinos? Tengo un caso así en sexto.

El director hizo una mueca de preocupación que le cambió la cara.

—El problema es que hay pocas plazas, nos vemos obligados a respetar las prioridades. Si encuentras a diez

alumnos como ése podemos abrir una clase. Pero hasta entonces contamos con los más numerosos y, si repasas geografía, verás que son los chinos.

Marie, indiferente ante el inciso humorístico, se volvió a zambullir en la corrección de exámenes. Claude no había despegado la vista de los suyos. Justo al lado, Léopold, tres aros por ceja, abrió un clasificador por una página tamaño póster donde aparecía una *vamp* con los ojos tiznados y muy abiertos.

—¿Quién es?

Dijo un nombre italiano en voz baja.

—¿Qué estilo es?

—Metal.

—¿Existe el metal italiano?

—Sí, sí, su grupo es uno de los mejores de Europa.

El director no había parado de hablar.

—Lo que propongo es que un miembro de cada equipo pedagógico localice en el horario el día que haya más probabilidad de que los alumnos lleven la mochila muy cargada y vean qué se puede hacer para aligerarla.

Aquello interesó a Valérie, Claude y Danièle.

—Bueno, de entrada habría que conseguir que no traigan más de lo necesario.

—Tendría que haber un juego de manuales disponible en las aulas.

Léopold releía la letra de la canción que había copiado con letras góticas en el dorso del clasificador.

—¿De qué va?

—Es una carta que alguien deja antes de suicidarse.

—¿Se ha suicidado la cantante?

—Claro que no, la canta ella.

—Qué gilipollas soy.

El director no había parado de hablar.

—La ventaja del sistema de puntos es la misma que la del permiso de conducir: el alumno sabe cuándo lo pueden sancionar y es una incitación a tranquilizarse. La desventaja es la misma que la del permiso de conducir: mientras le queden puntos puede seguir igual casi con total impunidad. Quizá habría que inventar una sanción que se los quitara todos de golpe, pero en ese caso de qué serviría lo de los puntos, vaya que es complicado.

Tenía que forzar su voz suave para hablar más alto que los apartes que se habían ido formando y que ya casi habían dejado de serlo. Abrió sin mucha convicción un par de temas de reflexión más y luego propuso una pausa antes de que nos repartiéramos en grupos para sentar las bases de un proyecto de establecimiento. La propuesta provocó el mismo efecto que un silbido en un gallinero. Silencio súbito al principio y luego piernas pesadas que empujan sillas hacia atrás y salen del aula.

En los servicios, Jacqueline y Chantal compartían el lavamanos.

—¿Hasta qué hora crees que estaremos?

—Yo igualmente tengo que recoger a los peques del cole.

—Mierda, no hay toalla.

Me dirigí hacia el fondo del pasillo. Los agentes habían abandonado la caseta. Mangué un azúcar y abrí las puertas del armario metálico en busca de un trapo.

—Empieza por 1.

Me volví hacia la puerta desde donde parecía provenir esa preciosa voz. Pero el hombre estaba en el lado opuesto, a contraluz en la ventana sobreexpuesta al sol. Una sombra.

—Para contar hasta 100 se empieza por 1. Si falta el 1 no salen las cuentas.

Nunca había oído esa voz sin edad.

—El 1 no garantiza el 100, pero sin 1 no hay 100.

Sacó un trapo rayado de la estantería superior del armario y me lo posó sobre el torso.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once...

Al llegar al aula de estudio mi cerebro seguía contando. La U estaba desierta, esperando que el primer retorno de la pausa implicara otras. Yo estaba cogiendo sitio, vasito de chocolate en mano, veintiuno, veintidós, veintitrés, cuando Line me preguntó con una risita sorda y un poco sarcástica qué era un proyecto de establecimiento.

—Hay que definir las líneas generales y proponer acciones que las acompañen.

Veintinueve, treinta, volvíamos al cuentagotas, exagerando la poca inteligencia de la situación.

—¿Qué es lo que tenemos que hacer?

—¿Qué se supone que tenemos que decirnos?

Treinta y cuatro, treinta y cinco, Géraldine también se volvió a sentar y se ofreció para ser la ponente de la sesión. Rachel lanzó el debate.

—Yo propongo un proyecto sobre la falta de civismo. No paran de lanzarse insultos a la cara, habría que castigar sistemáticamente.

—Se tendría que fotocopiar el Diccionario del perfecto salvaje e imponerles que traduzcan cada vez.

—¿Y eso qué es?

—Es una cosa que cataloga las expresiones de los suburbios y te da el equivalente. Por ejemplo, dices espurio en lugar de bastardo.

Claude no se rió ni añadió nada al respecto, sólo se enfrentó a la tendencia general como si fuera un viento de cara.

—El problema principal, y en eso estaremos todos de acuerdo, son los de quinto. Tenemos que hacer algo con ellos.

Gilles habló por primera vez en toda la tarde.

—Me sabe mal pero estamos pagando las estupideces del año pasado. El año pasado en sexto ya armaban follón, hubiese bastado con un par o tres de comités de disciplina para calmarlos.

Bastien tragó una galleta con avidez y tomó la palabra sin pedírsela a Géraldine, que era quien debía concedérsela.

—Es que además tienen un comportamiento típico de chusma, te desafían permanentemente.

Valérie tomó la palabra sin pedírsela a Géraldine, que era quien debía concedérsela.

—Es que es fácil darse cuenta de que los tipos que arman follón es porque no entienden nada, lo que habría que hacer es cogerlos aparte y empezar todo de cero con ellos.

Uno, dos, Gilles duplicó de golpe su número de intervenciones.

—Lo siento, pero entre los insoportables hay muchos que no son nada malos.

—Sí, pero los otros no.

Para terminar esta jornada de reflexión el director nos invitaba a champán. Sólo quedábamos una docena, trece, catorce, quince. El corcho de la primera botella, que descorcharon con todas las de la ley, rebotó contra la pared y después yacía bajo una mesa.

Dianka se reía de no sé qué con Fortunée, cuya rodilla sobresalía por encima de la mesa y llevaba escrito Life Style

en la camiseta de tirantes. Se hizo la sorda a mi primera interpelación. Subí la voz.

—Siéntate bien, he dicho.

Obedeció con indolencia.

—Mejor que eso.

Se irguió irónicamente.

—Te estamos escuchando.

—¿Qué?

—He dicho que te estamos escuchando.

No sabía si seguir fingiendo que no entendía durante más tiempo. Cada segundo era un ladrillo que la emparedaba en su juego. Su vecina murmuró algo que la hizo sonreír.

—Vale, ven a verme al final de la hora. Amar te toca a ti, frase 5.

—Los camellos beben poca agua.

—¿Qué tipo de presente es?

—De verdad general.

—Sí, es una verdad general porque no la podemos poner en duda.

Khoumba no levantó la mano, trenzas atadas con perlas rojas.

—Profe, hay camellos que beben.

—Sí, pero poco.

—Más que los hombres.

—Proporcionalmente sí.

—Entonces no es una verdad general.

—Sí.

—Has dicho que cuando no estamos de acuerdo no es una verdad general. Pues yo no estoy de acuerdo.

La campana hizo el mismo efecto que una miga tirada en un gallinero. Yo vigilaba a Dianka por el rabillo del ojo y ella se preguntaba si me habría olvidado o no. Se

acercó mirando a Fortunée que la estaría esperando en el pasillo. Life Style.

—Dame tu cuaderno y mírame.

Sólo obedeció a la mitad de la orden. Busqué la página de la correspondencia con la familia.

—Me vas a traer diez buenas resoluciones para este año. Hazlo firmar. Añado que si sigues con esta actitud solicitaré tu expulsión durante tres días. Mírame cuando te hablo.

Las dos amigas se hablaban con los ojos. Yo había dormido mal.

—Eres una imbécil. Hay que ver lo imbécil que eres.

—Tampoco hace falta que me insultes.

—No es un insulto, es la verdad, si digo que eres una imbécil es porque eres una imbécil, si digo que eres una idiota es porque eres una idiota, si digo que eres tonta es porque eres tonta. Y el día que no seas imbécil, ni idiota, ni tonta diré: Dianka es inteligente, fina e... inteligente.

—De qué vas tratándome así.

—Te insulto si me da la gana, si me da la gana decir que eres una imbécil, te digo que eres una imbécil, y si lo digo es porque es verdad, eres una imbécil, tengo tres clases y hoy por hoy eres tú con diferencia, y mucha, la que se lleva el título de alumna más imbécil. Con mucha diferencia.

—Ya vale.

—No, no vale. Dentro de tres meses pensarás por qué he sido tan tonta, por qué he perdido el tiempo con mis estupideces, dentro de tres meses dirás el profe de francés tenía razón, tendría que haberlo escuchado, hubiese entrado de lleno en el año y no hubiese perdido tres meses, eso es lo que pensarás dentro de tres meses, ¿apostamos? Pensarás he sido una pava y he perdido el tiempo, así que

lo que te propongo es que lo pienses desde ahora y así no habrá problema, te puedes ir, ya te tengo muy vista por hoy.

El pasaje de la novela hacía referencia a una burguesa rígida.

—¿Alguien sabe lo que significa «iba de tiros largos»?

De algunas filas surgieron propuestas anárquicas e improcedentes. Me alegraba poder explicarlo.

—Alguien que va de tiros largos es alguien que se viste de forma muy estricta, ¿veis lo que quiero decir?

No veían.

—De hecho lo que cuenta es sobre todo la rigidez, ¿sabéis esa gente que va vestida con tanto esmero que se mantienen rígidos como para no desordenar nada?

Cada palabra era un paso hacia atrás.

—Es como las vendedoras de las Galerías Lafayette. ¿Sabéis lo que son las Galerías Lafayette, no?

Su silencio y mi impotencia me hicieron adoptar un tono tajante.

—No claro, no lo sabéis porque están en otro barrio.

Sandra, que escuchaba a medias, se levantó y al hacerlo se dio un golpe con el codo en la pared. A la pared le dolió más.

—Bueno vale ya, no somos paletos, yo voy casi cada semana a las Galerías Lafayette, así que ya te vale.

La campana interrumpió sus vociferaciones al mismo tiempo que el jaleo de las cuatro, que se multiplicó por tres y luego se evaporó por los pasillos como un vuelo de patos en la lejanía. De repente vi pasar a las ocas salvajes por encima del estanque. Se dirigían hacia el sur, hacia el Mediterráneo. Un vuelo de perdigones sobre el estanque

ascendía hacia las... Sandra vino a asediar mi mesa flanqueada por Imane y Hinda, que se parecía a no sé quién.

—Profe, por qué te pitorreas de nosotros como si no supiéramos nada.

—No siempre, exageras un poco.

—Sí pero te has pasado con lo de las Galerías Lafayette porque yo las conozco tope de bien y voy todas las semanas, ¿vale?

—Es verdad que a veces me da la impresión de que no salís nunca de este barrio.

—Nada que ver, mi novio está en el 17.

Aviación apoyando a la artillería, interviene Hinda.

—No es trola, profe, su novio está en el 17, por eso va siempre allí.

Tenía dos opciones: batirme en retirada o hacer una maniobra de diversión.

—Por cierto, vosotras dos os habéis reconciliado, ¿no?

Sandra se subió el cinturón ancho por encima del michelín.

—Eso es cosa nuestra.

La lluvia empezó a golpear los cristales. Sylvie pasaba notas al cuaderno dispuesto a tal efecto, Géraldine mordisqueaba trocitos de un brioche que habían puesto sobre la mesa oval.

—En realidad estoy buscando más bien en el distrito 12.

—Es verdad, el 12 es agradable.

—Sí, hay rinconcitos muy monos.

—Bueno, no todos.

—Por eso el 11 está bien, porque es todo muy agradable.

Sylvie hizo una mueca dubitativa con una larga inspiración.

—Todo agradable tampoco.

—Está claro que no es el 6, pero bueno en conjunto es agradable.

—Ni siquiera el 6 es tan genial.

—Pues por eso, en el 11 hay vida por todas partes, es más bien juvenil.

—No necesariamente.

—Bueno quizá no es tan juvenil, pero por lo menos no te encuentras con viejas burguesas superforradas que te miran de arriba abajo en el ascensor, con sus perros y todo.

Sylvie cerró el cuaderno de notas y pellizcó con dos dedos un trozo de brioche.

—Sí, pero allí fijo que te encuentras con profes.

Entraron en el aula con todo el barullo de la tarde. Pedí que se sentaran pero no me hicieron caso. Dico y Khoumba se estaban insultando al fondo. Pensé que se trataba de una provocación rutinaria pero el tono subió y él la empujó. Me precipité hacia ellos para interponerme. Él pretendía seguir aunque no con violencia.

—Vete a tu sitio y siéntate.

Khoumba lo crispaba desafiándolo.

—Tú también, Khoumba, tranquilízate y siéntate.

Órdenes infructuosas. Atraídos por el ruido, unos alumnos más pequeños se habían parado en el umbral de la puerta que seguía abierta. En cuanto me acerqué salieron pitando hacia el piso superior. Llamé al que cerraba la marcha, que se volvió.

—Ven aquí.

- ¿Qué? No soy yo.
- ¿Cómo que no eres tú?
- Discúlpate.
- Lo siento.
- Vale.

Dico y Khoumba seguían igual de alterados, no sé si era fingido o no. Sujeté a Dico por el brazo para llevarlo hacia su silla.

- ¿Por qué me tocas?
 - Siéntate.
 - Me siento pero no me toques.
- Kevin deambulaba por las filas.

—¿Y tú qué haces?

Lo dije gritando. Él señaló una silla que tenía cerca.

- Mi sitio es ahí.
- No, ése no es tu sitio. Tú vas al fondo.

Lo empujé por la espalda, pero él oponía la única resistencia de su peso de aspirante a obeso. Agarré brusca-mente las correas de su mochila que aterrizó en una mesa individual colocada en un rincón.

—¿Por qué la tomas conmigo?

—La tomo con quien quiero. Quién es el profesor, ¿tú o yo?

—¿Has visto lo que ha tirado?

Era Khoumba blandiendo la prueba del delito, una bolita de papel. Dico se delató a sí mismo negando antes de que lo acusara.

- Que no soy yo, te digo. Ella me la suda.
- ¿Te la qué?
- Que me da igual.
- Ah, así está mejor.

Me hubiese gustado que todos subieran a la pizarra a leer su texto sobre la contaminación, pero las chinas no eran capaces. Jie quizá sí, puede que Jiajia también, pero lo único que Liquiao y Xiawen hubiesen hecho es destrozarse formulaciones que ya contenían lagunas. Ellas esperaban que no las sometiese a semejante prueba y yo esperaba que los demás no se diesen cuenta o fingiesen no hacerlo. Ya habíamos escuchado la mitad de las presentaciones cuando decidí no imponer que subiesen a la pizarra alegando que se nos acababa el tiempo. Mariama, diamante falso en la narina izquierda, no levantó la mano para hablar con su voz gruesa.

—¿Y por qué la pandilla de Jie no va a la pizarra?

Bajé la cabeza un segundo de más y la levanté sin saber qué iba a decir.

—Esa forma de expresarse es poco amable.

—Pero ¿por qué no van?

—Van los que quieren y ya está.

—Antes le has dicho a Frida que fuera y ella no quería.

—Era porque estaba seguro de que estaba bien lo que había hecho Frida.

—Entonces los otros que no lo han hecho, ¿no está bien?

—¿Puedo seguir con la clase?

Como muestra de desaprobación colocó la lengua como una ventosa contra el paladar. Sonó tsss.

—¿Es una historia en la que los personajes son ratones?

Sandra formuló la pregunta mientras seguía apuntando en la agenda el título del libro que había que comprar.

—No, son hombres de verdad. Es sólo que en un momento hay una historia de ratones, ya verás.

—Pinta fatal.

—Por eso quiero que lo leáis.

Mohammed-Ali preguntó cuál es el verbo que corresponde a cupieran. Le pregunté que a qué venía eso, no venía a nada, le dije el verbo y le pregunté si sabría conjugarlo. Empezó a balbucear unas c esforzándose en añadirles vocales refractarias.

—Caber es un verbo que sirve para molestar. Hasta a los adultos les cuesta. Haced la prueba y lo veréis, es un desastre. Sólo la gente muy culta como yo lo sabe.

Una risa burlona acompañada de carraspeos sarcásticos invadió la clase. Cerré ofendido el paréntesis que pretendía ser cómico y retomé la frase de la pizarra con austeridad de jesuita. Cuando me volví Katia estaba de cháchara con su vecina Imane.

—¡Katia!

—¿Qué?

—Sabes muy bien qué.

—No estoy haciendo nada.

—Me vienes a ver a final de la hora.

—Eso no vale, estás puteado y la tomas conmigo. Eso no se hace.

—Para empezar no se dice puteado, ¿qué se dice?

—¿Cómo que qué se dice?

—Emplea otra palabra y verás la diferencia.

—Estás cabreado y la tomas conmigo. Eso no se hace, profe.

—Tú no eres quien me tiene que decir si estoy enfadado o no, y ahora cállate porque esto va a acabar mal.

Imane levantó la mano.

—Profe, es verdad, ella no decía nada. Era yo la que hablaba, te lo juro.

—¿Quieres que te castigue a ti, es eso?

—No, pero Katia no estaba hablando.
—¿Katia tiene tres años, no puede defenderse sola?
—Estás exagerando mogollón.
—¿Puedo seguir con la clase?
—Exageras mogollón, te lo juro.
—Pues conjuga caber en pretérito perfecto simple si lo que quieres es hablar.

Le pedí a Koumba que leyese un pasaje y me contestó que no tenía ganas.

—Tanto si tienes ganas como si no vas a leer.

—No me vas a obligar.

Utilicé a los otros veinticuatro como testigos.

—¿Cómo se llama lo que Koumba acaba de hacer?

—Insolencia.

—Bien, Kevin. Es verdad que tú eres un especialista.

Koumba empezó a tragarse sílabas como cada vez que discute, con una risita de lado porque las amigas que la rodeaban se reían sarcásticamente. Como en aquel momento me faltaron ideas le dije que se quedara al final de la clase.

—Frida, nos estabas explicando «perverso».

En su sudadera se leía I love Ungaro.

—No sé si está bien.

—Te escuchamos.

—No sé, es alguien que tiene ideas raras.

—Por ejemplo, si me quiero comer la torre Eiffel, ¿soy un perverso?

—No, ideas raras pero no así, yo qué sé.

La campana hizo volar las plumas del edredón. Observaba por el rabillo del ojo a Koumba, que dio tres pasos autoritarios para poner su cuaderno de corresponden-

cia sobre mi mesa, Nike Atlantic en la cazadora de falso cuero y la boca supercerrada como si tuviera miedo de que alguien encontrara el microfilme que llevaba escondido dentro. Redacté el texto del castigo junto con una nota para los padres. Contar en cien líneas el aprendizaje del respeto por parte de una adolescente, traer firmado para pasado mañana. Antes de devolverle el cuaderno, quería que se me deshincharan un poco las narices.

—¿Va a ser todo el año así?

—Todo el año qué.

—Pide perdón.

—Perdón por qué. No he hecho nada.

—Pide perdón. Hasta que no lo hagas no te dejaré ir.

Dudaba entre salvaguardar su dignidad y reunirse con sus amigas que asomaban la cabeza una a una por el marco de la puerta.

—Vale ya, no tengo que disculparme porque no he hecho nada.

Para hacerme enfadar hizo ademán de querer coger el cuaderno que yo sostenía en el aire.

—¿Pero, qué haces? Arráncame el brazo ya que estás.

Volvió a poner una barrera.

—¿Qué ha pasado este verano, te has enterado de algo desagradable sobre mí?

Tosca ofensiva.

—¿Por qué dices eso?

—No sé, el año pasado éramos amigos, te caía bien y este año me amargas la vida, así que he pensado que a lo mejor este verano te contaron cosas malas sobre mí.

—Mi madre me está esperando.

—Está esperando que te disculpes.

—Perdón.

—Perdón y qué más.

—Perdón y ya está.

—¿Perdón y qué más?

—No sé.

—Repíteme conmigo: siento haber sido una insolente contigo.

—No he sido insolente.

—Estoy esperando. Siento haber sido una insolente contigo.

—Siento haber sido insolente una contigo.

Lo recitó de forma mecánica, con ostensible ausencia de convicción. Aún así le entregué el cuaderno, ella lo cogió en seguida y se fue dando saltitos hacia la puerta. Justo antes de desaparecer por el pasillo, gritó

—no lo pienso.

Di un brinco pero ya era demasiado tarde. Su pequeña silueta frondosa bajaba por la escalera a la altura del piso de abajo. Renuncié, de todos modos sólo la hubiese amenazado a gritos. Al volver a mi mesa le di una patada a una silla que quedó invertida. Cuatro hierros al aire.

1. ¿Cuáles son los valores de la escuela republicana y cómo se puede fomentar su reconocimiento por parte de la sociedad? 2. ¿Cuáles deberían ser las funciones de la escuela, en el contexto europeo de hoy en día, de cara a las próximas décadas? 3. ¿Hacia qué tipo de igualdad debería orientarse la escuela? 4. ¿Es preciso repartir de otro modo la educación entre la juventud y la edad adulta y que el mundo laboral esté más implicado? 5. ¿Qué base común de conocimientos, competencias y normas de comportamiento deberían dominar prioritariamente los alumnos al terminar cada etapa de la escolaridad obligatoria? 6. ¿Cómo debe adaptarse la escuela a la diversidad

del alumnado? 7. ¿Cómo podría mejorarse el reconocimiento y la organización de la vía profesional? 8. ¿Cómo se puede motivar a los alumnos y hacer que trabajen eficazmente? 9. ¿Cuáles deberían ser las funciones y modalidades de la evaluación de los alumnos, de la notación y de los exámenes? 10. ¿Cómo se puede organizar y mejorar la orientación de los alumnos? 11. ¿Cómo se prepara y se organiza la entrada en el ciclo superior? 12. ¿Cómo pueden favorecer los padres y las figuras externas a la escuela el buen rendimiento escolar de los alumnos? 13. ¿Cómo hacerse cargo de los alumnos que tienen grandes dificultades? 14. ¿Cómo se escolarizan los alumnos minusválidos o con enfermedades graves? 15. ¿Cómo se puede luchar eficazmente contra la violencia y la falta de civismo? 16. ¿Cómo y de qué tipo deberían ser las relaciones entre los miembros de la comunidad educativa, concretamente entre padres y profesores y entre profesores y alumnos? 17. ¿Cómo podría mejorarse la calidad de vida de los alumnos en la escuela? 18. ¿Cómo deberían, en materia de educación, definirse y repartirse las funciones y las responsabilidades respectivas del Estado y de las colectividades territoriales? 19. ¿Sería conveniente otorgarles más autonomía a los establecimientos y acompañarla de una evaluación? 20. ¿Cómo podría la escuela sacarle el mayor provecho a los medios de que dispone? 21. ¿Es preciso redefinir las profesiones de la escuela? 22. ¿Cómo se debería formar, contratar, evaluar y organizar mejor la carrera del profesorado?

Mohammed y Kevin se peleaban por el sitio que había junto a Fouad, bajo un planisferio en el que la URSS reinaba en rojo. Al final Mohammed optó por desalojar a

Bamoussa, que protestó diciendo que él siempre se sentaba ahí en francés.

—Mohammed, si quieres su sitio tendrás que buscar un argumento mejor que éste.

—Que se largue y ya está.

—Eso no es un argumento.

—Si Bamoussa se queda en este sitio habrá demasiada contaminación en esta clase, y eso es malo para la capa de ozono.

—Eso está mejor. Pero no entiendo por qué contamina.

—Contamina con sus zapatillas todas chamuscadas.

—¿Se te han quemado las zapatillas, Bamoussa?

—Él es el que se ha quemado.

Aunque ya estaba sentado, Souleymane no se había bajado la capucha.

—Souleymane, la capucha por favor.

Se la dejó caer sobre los hombros con un movimiento de la cabeza hacia atrás y su cráneo rapado quedó al descubierto. Ahora Fortunée llevaba gafas y no daba la lata. Koumba llevaba tres veces escrito Love en columna en el jersey y estaba sacando sus cosas sin ninguna intención de entregarme lo que me debía. Me incliné sobre su mesa.

—Dame tu cuaderno.

—¿Por qué?

—Sabes muy bien por qué.

En el texto del castigo reemplacé cien líneas por ciento cincuenta.

—La próxima vez pensarás antes de hablar. Y te digo más, en este caso tienes suerte porque tendrás dos semanas para hacer el castigo.

—Pero aún así no lo haré.

Giré sobre mis talones para no insultarla. Se me hin-

charon las narices. Cuando volvía hacia la tarima farfulló algo que hizo reír a su vecina. Se me hincharon aún más las narices. Dounia a estribor.

—Profe, en la tele han dicho que habrá un debate en los colegios.

—Tú ve sacando tu clasificador, anda.

Amar a babor.

—¿Vas a poner deberes para las vacaciones?

—¿Te gustaría?

—Sí.

—Entonces no pondré.

Line dejó de soplar su té para fijarse en las tijeras con las que yo estaba trabajando.

—Jolín, tú no paras nunca de trabajar...

No hizo caso de la ausencia de réplica por mi parte y se dirigió a Géraldine, que reseguía distraídamente el documento oficial del debate nacional que estaba clavado con chinchetas en la pizarra de corcho.

—No te deprimas así, Gégé.

—No me deprimó en absoluto, yo esta tarde acabo.

—Ah, es verdad que tú no tienes clases los viernes.

Luc pasó como ráfaga de viento, hizo que se volara mi pila de ejercicios y dijo

—los privilegios son realmente indignantes.

Line abrevió su trago.

—No te quejes que tú los viernes sólo trabajas por la mañana. Yo, perdona, pero no acabo hasta las cinco.

—Sí pero yo tengo cuatro horas, ¿eh?

—Ya ya, las horas de la mañana no son nada.

—Sí pero son cuatro horas seguidas.

Gilles tenía unas ojeras hasta las orejas y manosea-

ba un cigarrillo sufriendo por la falta de sala de fumadores.

—Depende de los alumnos, si son los de cuarto es peor.

Debajo de la mujer con sombrilla, Léopold, con tres aros por oreja, no estaba de acuerdo.

—Pues los de quinto ı ni te cuento. Ayer hice otra vez dos fichas de incidente. Con ellos los viernes no se puede hacer nada, ni siquiera por la mañana.

Rachel acababa de atrancar la fotocopidora.

—¿Por qué no funciona a doble cara esta mierda?

Gilles estaba obstinado.

—Los de cuarto son la plaga.

—En todo caso tienes pinta de cansado.

—Sí, no sé.

—Bueno, piensa que vas a poder descansar.

—Sí, no sé. Las vacaciones me estresan.